

¿ENTRE LA EDUCACIÓN Y LA HISTORIA EN LATINOAMÉRICA?

¡Basta de historias! La obsesión latinoamericana con el pasado y las 12 claves del futuro

Andrés Oppenheimer
Debate, 2010, 432 p.

En su portada, título y páginas iniciales, *¡Basta de historias!*, el más reciente libro de Andrés Oppenheimer, pareciera ser el llamado a un cuestionamiento acerca del dilema entre la historia y la educación en Latinoamérica —una disyuntiva entre mirar hacia el pasado y confrontar el presente y el futuro—. De hecho, el libro empieza con algunas imágenes caricaturescas acerca de la percepción que algunos líderes de la región tienen de la historia: exhumación de figuras del pasado, disputas internacionales por sus restos, desfiles, etc. Sin embargo, más que un ataque serio a la historia o a su estudio, el libro muestra un contraste sobre el papel de la educación en diferentes sociedades, al tiempo que señala los atrasos y dificultades que ella enfrenta hoy en nuestros países.

¡Basta de historias! es el resultado de múltiples entrevistas de Oppenheimer, veterano periodista argentino vinculado al diario *The Miami Herald*, a personalidades en todo el mundo, en las cuales indaga acerca de los logros alcanzados en materia de educación en los últimos años y la forma como los diferentes países afrontan, desde la educación, los retos de un mundo cada vez más globalizado. Siguiendo con ejemplos como los desarrollados en su libro anterior, *Cuentos chinos*, el autor compara áreas como la política educativa, el estatus de la educación y los recursos para escuelas y universidades con los marcados contrastes en términos de resultados en exámenes estandarizados, número de patentes, publicaciones internacionales, participación en empresas dedicadas a la ciencia y tecnología, etc.

Los resultados para Latinoamérica, salvo contadas excepciones, son bastante desalentadores. Ejemplo de esto es que sólo una universidad latinoamericana —la Universidad Autónoma de México (UNAM)— se encuentra entre las mejores doscientas del mundo, y ninguna entre las primeras cien. Más aún, la producción de conocimiento en la región no sólo es muy baja, sino que se encuentra concentrada en cuatro países: Brasil, México, Argentina y Chile. Los países de la región en su totalidad producen menos patentes por año que Finlandia, Corea

del Sur, Israel o Singapur, y sus estudiantes siempre tienen un peor desempeño en exámenes de matemáticas y ciencia que sus similares de otros países.

Algunos de los casos que presenta Oppenheimer como contraste con la visión que se tiene de la educación en Latinoamérica pueden desanimar al lector y no servir de referencia para llevar a cabo las transformaciones necesarias en el modelo educativo prevaleciente. Por ejemplo, en un capítulo dedicado a Singapur, el autor muestra un sistema escolar bastante rígido y exigente, donde desde temprana edad los niños están sometidos a altos niveles de presión para tener un buen desempeño académico y son duramente castigados cuando cometen errores. No sorprende esto en un país donde hay pocas libertades políticas, se castiga con azotes a ciudadanos adultos y se encuentran altos niveles de corrupción y censura, acompañados de una de las tasas de suicidio más altas del mundo.

De forma similar, en el caso de India, donde la revolución educativa privilegió a las castas más altas, se promovía la educación científica para unos pocos, mientras el país mostraba elevados niveles de analfabetismo. Esto, como era de esperarse, generó mayores desigualdades sociales, propias de una sociedad jerarquizada. Por consiguiente, no debe ser éste el referente para sociedades como la latinoamericana, con una necesidad imperiosa de reducir sus niveles de desigualdad.

Otro aspecto debatible del texto es la repetida presentación, como deseables, de patrones culturales totalmente diferentes a los de Latinoamérica —idioma, religión, valores— que, si bien se traducen en éxitos educativos, no sirven fácilmente como guías para nuestras sociedades.

En este sentido resultan más pertinentes los casos que Oppenheimer menciona de procesos que la misma Latinoamérica está actualmente llevando a cabo y que pueden servir como espejos más válidos para mirarnos. Es el caso de Brasil, donde los sectores público y privado vienen actuando de manera conjunta en la promoción de la educación, de manera que ésta se ha constituido como un objetivo mancomunado de toda la sociedad. Casos similares son los de Uruguay y Perú, que han obtenido resultados exitosos con programas de asignación de un computador portátil con acceso a internet para cada niño, a pesar de los obstáculos que ha representado la reticencia de los profesores a aprender. Y, finalmente, los casos de Chile, con una importante inversión pública en educación, acompañada de la proliferación de universidades privadas en los últimos años, y de Colombia, donde se ha comenzado a reemplazar el modelo prevaleciente de los años setenta, según el cual el mercado se encargaría de una asignación eficiente

de recursos para la educación. Según el nuevo modelo, en las etapas iniciales de la formación de conocimiento es necesaria la intervención estatal para alcanzar cierto nivel mínimo de calidad que permita competir internacionalmente. Una vez este nivel se logra, es necesario crear incentivos para que la empresa privada continúe el proceso a partir de su integración con los sectores académicos.

Contrastan estos ejemplos con los casos de Argentina, donde las principales universidades se niegan a ser evaluadas nacional e internacionalmente, y México, donde un fuerte sindicato de educadores es decisivo en los resultados de las elecciones presidenciales, se va a la huelga con frecuencia, es cómplice de un sistema en que se compran y heredan puestos de maestros, y se opone a cualquier tipo de modernización del sistema educativo.

En términos de la financiación de la educación, la evidencia recogida por Oppenheimer es bastante diversa. Si bien uno de sus objetivos es desvirtuar la idea de la necesidad de un sistema de educación gratuita. Varios de sus casos muestran la conveniencia de un trabajo integrado de diferentes sectores de la sociedad en aras de alcanzar los resultados deseados. Ejemplos de esto son los pagos por la educación al final de la carrera, una vez el graduado consigue empleo, las becas ofrecidas por el sector privado e, incluso, la misma financiación del Estado, pero con criterios mucho más selectivos a los normalmente observados, como en el caso de Brasil.

A este respecto, Oppenheimer critica el uso de recursos públicos para la financiación de estudiantes que no terminan sus carreras. Considera que el uso de los impuestos, incluidos los de los sectores más pobres, para la financiación de estudiantes permanentes de la clase media-alta es una de las políticas más regresivas e ineficientes que existen y que, sin duda, debe ser corregida. Oppenheimer es también crítico de la brecha entre el número de estudiantes de carreras como filosofía y psicología, frente al mucho menor número en ingenierías y matemáticas. A su modo de ver, es un error de los gobiernos latinoamericanos financiar carreras que no son pertinentes a las necesidades del mundo moderno.

Un aspecto importante de señalar de la visión de la educación de Oppenheimer es la forma como ésta se percibe en diferentes sociedades. Mientras países como Singapur, China o Finlandia ven en la educación la salida a sus problemas, en Latinoamérica ésta ocupa un lugar secundario en el orden de prioridades. Es normal ver teóricos que menosprecian el conocimiento de tipo práctico, en palabras del autor, que «ven el desarrollo comercial de nuevos productos como el equivalente a “venderse” a empresas con ánimo de lucro. Ellos dicen que están

para producir ciencia básica. A ellos les interesa más un artículo que una patente, (...). Sin embargo, si se cuentan los pocos artículos internacionales que publican y las citas que éstos reciben, los resultados no justifican su actitud.

El problema del dilema teórico-práctico no se limita a la asociación de la academia con el sector privado; también se traduce en importantes problemas para el resto de la sociedad. El conocimiento aplicado —en el que ponemos tan poco énfasis— no sólo motiva al estudiante a aprender más, al ver que lo que estudia está directamente relacionado con su entorno, sino que, al traducirse en investigación de punta, ofrece respuestas a las necesidades de la sociedad, se convierte en fuente de ingresos para las universidades (mediante la producción de patentes) y garantiza la disponibilidad de recursos para la educación de generaciones futuras. Al tener este impacto en la realidad de la sociedad, la educación alcanza un papel protagónico dentro de la misma. En Latinoamérica, por el contrario, nos contentamos con discusiones teóricas que tienen poca o nula relevancia práctica para nuestros países y que condenan la educación a un papel secundario.

¡Basta de historias! termina con una serie de recomendaciones —las doce «claves»— basadas en las experiencias de distintos países examinadas en la obra. Destaca, por ejemplo, la importancia del papel de la cultura en el modelo educativo, la necesidad de integrar el sector educativo al resto del mundo, de dejar de mirar hacia adentro y, más bien, de estar al tanto de la producción intelectual que se lleva a cabo en otros rincones del planeta. El aislamiento de nuestros profesores y nuestras instituciones educativas son fallas fundamentales si se busca competitividad internacional y un diálogo continuo entre pares académicos.

Importa igualmente la «dosis de humildad» que le hace falta a Latinoamérica en términos de resultados académicos: mientras otras regiones son conscientes de sus falencias y se preocupan permanentemente por superarlas, en la región conservamos una actitud triunfalista que impide cambiar nuestros resultados mediocres. Se le suma a esto la falta de responsabilidad social de la universidad en Latinoamérica: contrario a lo que ocurre en otras latitudes, nuestras universidades no tienen la obligación de rendirle cuentas a la sociedad y, en vez, se constituyen en círculos cerrados, sin conexión con el mundo exterior y, en muchos casos, blindadas frente al escrutinio público. Esto, combinado con la producción de innumerables tesis de grado que «sólo sirven para la «Egoteca», como lo califica Oppenheimer, dejan a la educación en una posición lamentable y a nuestras futuras generaciones condenadas a seguir por el mismo camino. Desde luego, un problema fundamental para generar un impacto importante en materia educati-

va es convencer a nuestros políticos de la necesidad de invertir en educación, un rubro que genera retornos a mediano y largo plazo, y que por consiguiente no coincide con los intereses inmediatos de quienes están en el poder.

En general, «*¡Basta de historias!*» es un llamado de atención sobre la política educativa de nuestras sociedades, sus avances y sus principales dificultades. Algunos ejemplos donde Oppenheimer ridiculiza a ciertos líderes de la región por la importancia dada a la historia en contraste con aquella dada al futuro, e incluso el mismo nombre del libro, desorientan un poco la lectura, por lo cual podrían considerarse inapropiados. No obstante, la comparación de las experiencias de varios países de la región y el repaso del camino recorrido por otros países del mundo desarrollado señalan los grandes retos en materia educativa que enfrentan nuestras sociedades y la imperiosa necesidad de ubicar la agenda educativa en el punto más alto de nuestras prioridades. Como lo señala el autor, el primer paso debe ser empezar a mirar hacia adelante.

JULIÁN ARÉVALO
Boston University
Universidad Externado de Colombia